



Retiro de oración – Enero 2022
Tema 4. Generosidad hasta el sacrificio

“Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh Dios, tú no lo desprecias” (Sal 50,18-19). Rezamos este salmo cada viernes en la Liturgia de las Horas, con espíritu penitencial y de sacrificio, lo conocemos tan bien. ¿Qué tipo de corazón es ese que pedimos al Señor? Un corazón quebrantado y humillado es aquel que está dispuesto a acoger primeramente la voluntad de Dios, es decir, que humilla su propio deseo ante el de Dios, su propia intención. En realidad, en eso consiste un sacrificio, en aceptar hacer la voluntad de Dios: unas veces los sacrificios serán más llevaderos, porque nuestra voluntad busca lo que busca la divina, otras serán más duros, porque se encaminen en diferentes direcciones, o peor aún, en direcciones opuestas.

Sin embargo, lo principal es que podamos reconocer en la vida sacrificada que vivimos, no la dureza de nuestros esfuerzos o la reciedumbre de nuestra voluntad, sino el deseo de manifestar el corazón manso y humilde de Jesús, que un viernes se entregó por nosotros y nos mostró su extremo sacrificio, su amable corazón. Si nuestros sacrificios no reflejan la voluntad de Dios, sino sólo nuestra férrea determinación, en la dirección que sea, Cristo no será visible, todo será vano. En la voluntad de Cristo hay siempre un inmenso amor, las decisiones están llenas de un generoso y entregado amor, amor al Padre, que le impulsa a obrar de forma que sólo a Él agrade, lejos de buscar el éxito o el populismo. En la vida de Jesús, cuando asoma cualquier forma de éxito (cfr. Mc 1,38), lo inmediato es el cambio, no porque sí, sino para buscar lo que favorece más cumplir la voluntad del Padre. Por eso, un sacrificio siempre muestra una voluntad eterna, cumplir la voluntad de Dios, incluso cuando esta pasa por decisiones que puedan ser cambiantes, que no tienen que ser siempre las mismas.

¿En qué aspectos me cuesta más hacer la voluntad de Dios? ¿Cuándo advierto que fluye entre Dios y yo una conexión que me lleva incluso a aceptar su voluntad en una dirección, cuando antes la acepté en lo contrario? ¿Me paro a valorar esa transparencia de Cristo en mis decisiones, a buscarla incluso cuando más me cuesta?

Dicho esto, podemos entender mejor el hecho de que toda la vida de Cristo es un sacrificio, porque toda ella es un constante ejercicio de buscar y cumplir la voluntad del Padre. Tanto es así que Cristo afirma: “Mi alimento es hacer la voluntad del Padre” (Jn 4,34). Por eso, toda la vida de Cristo es una ofrenda sacerdotal, que ofrece el sacrificio de la propia vida a Dios Padre, y de esa forma nos reconcilia con Él. Cristo vuelve así a poner la voluntad del Padre por encima de toda otra necesidad material incluso, algo que ya había dicho en el desierto: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4). La prioridad para la comunión con Dios no está en “sacrificios” con respecto a las cosas materiales, sino en que estos respondan a la voluntad de Dios y nos conduzcan al sacrificio de la propia voluntad. Eso sí alimenta, eso sí que da vida al hombre, le facilita crecer en esa comunión y en ese amor de Dios.

Cristo se ha entregado por nosotros de tal forma que cada enseñanza suya, cada milagro o curación, son parte de su generosa entrega existencial. Él ha unido en su persona ser la ofrenda y el sacerdote, y de esta forma también a nosotros nos enseña a vivir nuestra entrega sacerdotal, a la que nos unimos por el bautismo: no necesitamos situaciones excepcionales, maravillosas, algo especial y llamativo para todos y por todos conocido, sólo necesitamos aprender a vivir cada momento como entrega a Dios, que lo acoge por Cristo, no por nuestros méritos. La vivencia de la fe posibilita que la vida cotidiana y en ella todo lo que nos sucede pueda ser entregado, y así santificar al mundo a la vez que habituarnos a hacer la ofrenda de la vida. Muchas veces nos parece que la fe se nos va frenando, que no nos aporta nada especial, que escuchamos lo de siempre y, peor aún, que no nos afecta, y creemos que lo inmediato es buscar algo inmediato y que atraiga a nuestros afectos, cuando, en realidad, lo que necesitamos es levantar la mirada y ver dónde va a parar todo lo que vivimos si, humildemente, se lo entregamos a Dios: Él no necesita algo especial, necesita solamente algo de

lo que desprendernos con generosidad. A veces ese algo es lo que deseáramos, lo que buscamos, lo que nos parece sin importancia o sin sal, pero en esa forma de afrontar la vida el Señor nos une a su sacrificio, nos santifica, nos fortalece, en lo divino pero también en lo humano, pues nos ayuda a valorar nuestra vida por su unión con Él más que por lo que nos parezca exitoso, divertido o especial. Así, de hecho, ha hecho Cristo, entregando no sólo lo milagroso sino también lo cotidiano.

¿Veo fácilmente la entrega generosa de la vida en el trabajo, en la familia, en la soledad, en el silencio, en la prisa, en los éxitos o fracasos? ¿Busco al Señor en lo que me sucede o tiendo a situarlo en lo que quiero que me suceda? ¿Agradezco el don del sacerdocio común por el que vivir estas circunstancias que desprecio según Dios quiere?

El sacrificio que Cristo ha realizado por nosotros en la cruz es un sacrificio vicario, es decir, ha supuesto la entrega de sí mismo por nosotros, en nuestro lugar, y sin embargo eso no le ha supuesto un obstáculo a la hora de la entrega, al contrario, pues ha obrado así para dar cumplimiento a la voluntad del Padre que consiste en nuestra salvación. Pero, no contento con eso, aún nos ha ofrecido la posibilidad de unirnos a su entrega, de participar en comunión con Él en su entrega con la nuestra, de participar en su misión intercesora con la nuestra, en la vida de la Iglesia: esta unión es eficaz por el don del bautismo, por el don de la gracia, que nos ha configurado con Él, muerto y resucitado. Una entrega personal nuestra como la suya seguirá, entonces, el mismo camino, el de la muerte y resurrección, y se fortalece en los sacramentos.

La vida de la Iglesia busca reflejar en su propia vida y acción el sacrificio de Cristo, busca dar continuidad a su entrega con la nuestra, de tal forma que toda ella se vea beneficiada, santificada, ungida por la gracia de Cristo. Por eso nos recuerda constantemente una actitud adecuada para poder reflejar a Cristo y su sacrificio: el amor de Dios. Cuando en nuestras decisiones los cristianos, grandes o pequeños, laicos o clérigos, elegimos de forma acomodada, caprichosa, exigente, no facilitamos que los demás reconozcan ni recuerden ni quieran entregarse a Cristo. Es bonito pensar que, por el bautismo, Cristo ha vinculado nuestra vida a la suya, nuestras decisiones a las suyas, y nos permite reflejar no sólo lo que hay en nuestro interior, sino también lo que la Iglesia vive y desea ofrecer a todos. A menudo, la actitud misionera de la Iglesia pasa por pequeñas y sencillas decisiones en las que implicamos nuestra persona con plena conciencia de estar buscando la comunión con el Señor, con su entrega sacerdotal, generosamente, sin medida, sin reserva, sin cálculo de los beneficios particulares. Solamente deseando reflejar a Cristo entregado por nosotros.

¿Vivo el vínculo bautismal en mi entrega cotidiana? ¿Cómo reconozco que me reservo, que me busco? ¿Ayudo con mis decisiones sacrificadas a difundir la Palabra y el ser de Dios?

También la Iglesia aprende esta entrega de la madre del Señor, de la Virgen María. Ella es modelo de un sacrificio generoso, agradable a Dios, que busca colaborar con la obra de la salvación desde una perspectiva particular y contracultural: el anonimato. Su actitud de desprendimiento y de discreción es llamativa y contrasta en un mundo de autopromoción y publicidad, de imagen y apariencia. La Virgen María no se inhibe de la acción divina, pero precisamente por eso desactiva cualquier forma de aparición protagonista. Ella sólo quiere la voluntad de Dios. Es lo contrario de un grupo de presión porque no busca un fin propio: así como su voluntad se hace invisible, se hace visible el mismo Dios, se encarna el deseo divino.

Paradójicamente, ella ha sido llamada por Dios para una misión esencial, y sin embargo eso no ha supuesto asumir cotidianamente una pretendida importancia para ella. Ha entrado tan profundamente en el misterio de Dios, que lo visible y lo invisible se han unido de forma armónica, y han dado a luz al Salvador del mundo en medio de los hombres. Así, nuestra vida sacramental, en la que se fortalece ese vínculo, nos animará a manifestar, desapareciendo, al Dios que aparece. Y, al contrario, una actitud de hacer sin protagonismo (que no es lo mismo que un cómodo cruzarse de brazos) reflejará una intensa y profunda vida sacramental.

¿Soy más de hacer o de no hacer? ¿Me quito de en medio en cuanto se piden voluntarios, o no soporto que no se cuente conmigo? ¿Sé renunciar a mis palabras cuando busco quedar sobre otros, o sé intervenir adecuadamente cuando se reclama mi presencia participativa? ¿Descubro en María un modelo para mi vida cotidiana o sólo para la oración final del día?